

Una Imagen Inolvidable

por M. Vargas R.

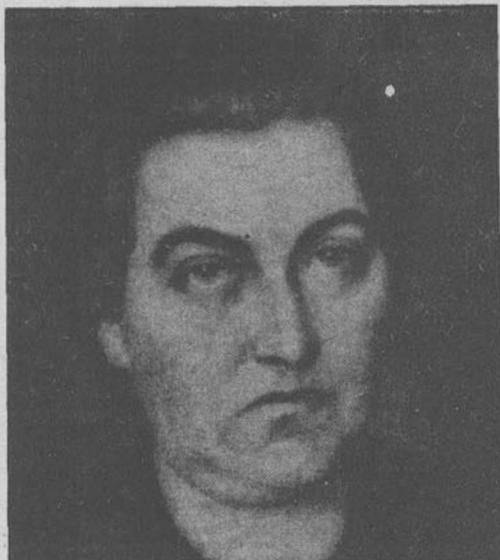
El libro no está dedicado a ella, de ningún modo. En sus dieciocho capítulos desfilan numerosos personajes, se habla de muchos acontecimientos diferentes, pero es la imagen de la gran poetisa la que queda grabada en forma más indeleble en el recuerdo del lector.

Gabriela Mistral aparece en el último libro de Luis Enrique Délano, cuando desempeñaba las funciones de Cónsul Chileno en Madrid. Se la ve, detrás de su escritorio, atendiendo los pesados asuntos burocráticos, sonriendo a los visitantes, escabulléndose de los compatriotas inoportunos o de los simples curiosos. Pero lo que le confiere a la imagen rangos inolvidables son los instantes en que se la retrata en su más cálida condición humana preocupada de la falencia económica del memorialista, entonces secretario suyo; invitándolo, entusiasta, a ver por quinta vez una película de Marta Eggert en algún destartado cine madrileño; intimidada, por las dificultades domésticas, que siempre supo afrontar con escasa expedición. Se cuentan, también, entretelones de su oficio de escritora, siguiéndose la pista de poemas y artículos suyos.

El libro de Délano relata, también, el origen de la salida de Gabriela del Consulado de Madrid, el papel que jugó en esto la colonia española en Santiago a raíz de que un periodista indiscreto publicó en la prensa una carta íntima que la poetisa nunca pensó en ver publicada, y la contribución, poco honrosa por cierto, que en la campaña anti-Gabriela tuvo Augusto D'Almar.

Délano la conoció íntimamente, y el cuadro que deja de ella en las páginas de su libro de memorias "Sobre todo Madrid", recién aparecido, la retrata con perfiles de humanidad y ternura que la rescatan del pedestal un tanto marmóreo en que muchos exegetas se han empeñado en encamarla.

El libro, claro está, no se ocupa sólo de ella. Es un conjunto de crónicas, coloridas y amenísimas, sobre la vida en España en el período inmediatamente anterior al estallido de la Guerra Civil. Y con este trasfondo, Délano desarrolla sobre todo su habilidad para desplegar una multicolor galería de personajes. Nos habla, por ejemplo, de su vida con Isaías Cabe-



zón, de Neruda en el Consulado y en su Casa de las Flores; de su emoción sin límites cuando Gabriela lo llevó a conocer a Miguel de Unamuno; de su desencanto con Ramón Gómez de la Serna, no obstante la admiración que tenía por sus libros; del regocijo y la alegría que dominaban en las veladas a que concurría Federico García Lorca. Y siguen desfilando León Felipe, Alberti y Teresa León, D'Almar, Acario Cotapos y otros. Tiene también un encuentro fugaz, que le remueve todos los recuerdos de la infancia. "Un viejito, pequeño de estatura, menudo, como achaparrado por la edad". "¿Sabe quién era?", le pregunta Gabriela, "Saturnino Calleja. ¡Calleja!".

Las tabernas de Madrid, la Puerta del Sol, los paseos al Prado. Imágenes de la ciudad entrañable, una euforia, empuje y alegría de vivir, que de repente nublan los horrores de la guerra. El cuadro se ensombrece, entonces, y llegan los bombardeos, las alarmas nocturnas, el primer invierno de hambre en España.

"Todas las ciudades enseñan cosas"—dice el escritor—"Yo lo he llegado a saber. Cada una de aquellas en que he vivido me dejó algo, un sedimento de calor, una lección de lo que es la existencia humana, de lo que son los hombres frente a la alegría o en presencia de la dureza de la vida. Sobre todo Madrid".

Es un libro que vale la pena leer.